



La muñequita, punta seca y carborundum a dos placas,
2013 / Fragmento | Sandra Díaz

Interpretextos / volumen 1, número 2
Septiembre de 2024-febrero de 2025 / pp. 185-190
e-ISSN-L: 3061-7227
Divulgación

***La novela de Esperanza,* de Rubén Sandoval**

Verónica Jazmín Hernández Álvarez ORCID:0009-0004-7547-6238
CUSUR/Universidad de Guadalajara, México

Recepción: junio 28 de 2023
Aceptación: mayo 17 de 2024

La novela de *Esperanza* es, literalmente, una historia sobre esperanza. Y así lo comparte la contraportada, según la cual la novela representa las aspiraciones de un “cambio utópico” que huyen de los mexicanos, que son llevadas lejos de nosotros, y permanecen encarceladas tras el muro infranqueable de la realidad. La novela reseñada fue escrita por Rubén Sandoval, Licenciado en Letras Modernas, fundador de la Red Internacional de Investigadores de La Frontera y Caballero de la Orden de las Artes y las Letras por la República Francesa, en 2011.

Comenzó a escribir la novela en 2016, durante su estancia en París y en Bruselas; la terminó en La Paz, Baja California, en 2018 y la presentó en 2019 gracias a la Alianza por la Lengua Francesa en Baja California Sur. Sin embargo, de la obra poco se habla (probablemente porque ser una *edición de autor*), así que es para el lector una buena oportunidad para conocer más la literatura sudcaliforniana, poco estudiada a la fecha.

En *La novela de Esperanza* seguimos la historia de Sebastián, escritor, y el México contemporáneo, en el que la fascinación y el desengaño se mezclan en el día a día. Y como no se podía pedir menos de semejante par de “protagonistas”, esta novela de aspiración realista nos da un viaje pintoresco por diversas realidades



mexicanas que, si no nos conciernen, se nos invita a ser partícipes. El tren de lectura nos lleva por escenas costumbristas, momentos de divulgación y de reflexión, y se detiene abruptamente en el despenadero de la crítica social. En este sentido, la obra se acopla al resto de la novela mexicana moderna, un torrente de subgéneros críticos, narrativos y testimoniales mezclados, no muy alejados de los movimientos literarios de inclinación política en el México de siglos pasados, y la censura que los acompañaba. Y este no es el único encanto de la novela. Rubén Sandoval desarrolla su historia con no menos gracia que sus antecesores en el arte de la escritura elevada al cuadrado: Sebastián quiere escribir una novela, pero vive en el mismo país que Rubén Sandoval, un libro dentro de otro libro, como ya lo hacía también el mexicano Juan Villoro en su novela juvenil *El libro salvaje* (2008). Así que, a primera vista, la novela es un vistazo a nuestro presente, el del México que llamamos realidad.

La mezcla de subgéneros diversos y presentes en la novela no permite identificar una clara estructura narrativa, sobre todo si hablamos de los tradicionales tres (o cinco) momentos (aunque es posible encontrarlos si se analiza la novela). Tampoco hay capítulos que correspondan a un Viaje del Héroe, ni al pasar de los días, como en una aventura clásica. La narración cubre un aparentemente corto periodo en dos capítulos: "Preámbulo" y "Encuentro". Ambos claramente diferenciables: la primera mitad de la lectura es un paseo tranquilo por un mundo aparentemente irrelevante —diálogos, referencias al contexto nacional, historia y costumbrismo—, y la segunda es un tren que se descarriló en terreno peligroso y va en caída libre directo hacia el final, solo para que el viaje concluya de golpe, en la oscuridad del abismo, como si fuera el impactante acto final de una obra teatral. Un drama cuya ambientación es México.

Ahora bien, el protagonista de la obra es Sebastián, así, sin apellido, mote o gentilicio, y no es que no lo tenga, sino que la función del personaje consiste en encarnar algo más grande que un individuo: un escritor en la primera parte, un escritor mexicano en la segunda. Sebastián quiere escribir sobre la realidad social mexicana, pero solo descubre la inspiración para hacerlo en un personaje ya involucrado en ella: la actriz y activista revolucionaria Esperanza, quien tampoco tiene apellido. Mejor aún, ella era una chica de cam-

po llamada María, como muchas dada la inclinación guadalupana de los mexicanos, que se cambió el nombre y con esto decidió convertirse en activista social. Ella se vuelve una segunda protagonista y la razón de ser de la novela. Gracias a ella, Sebastián pasa de ser el actor principal de su propia vida en una cruzada por desempeñar su oficio, a ser actor del interés nacional, involucrado en aquello de lo que escribe.

Al principio, Sebastián no tiene pensada una historia, ni los personajes, ni nada para su novela, solo tiene las notas que tomó en sus viajes y, por supuesto, las ganas. Además, está confundido, se pregunta si la novela tiene que ser explicada, tema del que Rubén Sandoval hace un comentario en la introducción de la obra. Con el encargo de su editor René, el protagonista busca algo sobre lo qué escribir que sea vendible, real, llamativo, pero no ficticio ni reseñístico. Quiere poner la cultura mexicana en el arte, como ya se ha intentado desde el siglo XIX, siglo mencionado más de una vez en la obra. Hasta que un día, varado en la realidad de un pueblo asentado junto a un malecón y un par de lomas que parecen gritar a la costa de Baja California Sur, entiende que un libro es inseparable del resto de la literatura y de la realidad. Aferrado a esto acude a la ciudad y a la biblioteca, y en los libros encuentra una musa, Esperanza, que lo introduce como a un títere a una nueva etapa de su vida.

Sebastián pareciera ser siempre un títere. Es moldeado por sus ideas, su editor, su gobierno y su contexto, como cualquier otro artista. En el momento en que decide escribir acerca de Esperanza, se da cuenta que ella está por delante de él en el entendimiento de su sociedad. Así que, decidido a saber más, comienza a actuar: se convierte en personaje de su propia novela, aunque aún no haya empezado a escribirla. Esperanza y Sebastián nos cuestionan: ¿qué papel tenemos nosotros en el cambio social? ¿El artista y la literatura pueden impulsar un cambio? ¿Esto es aclamado o censurado? Rubén Sandoval parece respondernos que sí, el papel del escritor es activo en la realidad, y el ciudadano tiene responsabilidad de hablar sobre los problemas sociales. Como lo dice Nelson Osorio en su libro *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX* (2000: p. 16), la literatura es parte de la realidad, puesto que es partícipe de esta y mantiene una estrecha relación con la evolución del hombre, y no es un sim-



ple registro; así hace Sebastián, que pronto se vuelve parte de la realidad sobre la que escribe.

En este marco, *La novela de Esperanza* no refiere fechas ni nombres de ciudades, pero sí menciona otras realidades: los paisajes mencionados nos remiten al ambiente sudcaliforniano y a los pueblos de la costa del Pacífico, y la ciudad que visita Sebastián, a grandes ciudades del país. Este México novelado está lleno de personajes pintorescos y cotidianos. Además, son mencionados personajes del ámbito nacional e internacional, la literatura mexicana del siglo XIX, levantamientos sociales como el del 68, y la lucha de las mujeres y otros marginados contra la opresión del gobierno, especialmente el desplazamiento de los nativos de la zona chiapaneca (no menciona año). Y aunque no sabemos quién pueda ser la Esperanza “real”, podemos ver en ella a los perseguidos por hacer cine de denuncia, los críticos y a los que rescatan a los indígenas y las mujeres (la *otredad*) de la memoria oculta del pueblo mexicano. Con todo esto Rubén Sandoval pone en tela de juicio la situación sociopolítica mexicana, pero también apela a la universalidad: Sebastián es cualquier escritor, Esperanza es cualquier activista, y los conflictos sociales, los vendedores callejeros, los políticos, las bibliotecas y las calles son cualquier país de Latinoamérica. Razón de más para no usar siempre el lenguaje local, sino más bien el discursivo, sobre todo en el segundo capítulo. El narrador habla como si en las letras pudiera sentir los deseos del personaje, como si se le escapara la pluma, y esta tuviera prisa de darle a los personajes su destino final:

Cada uno tenía muy en claro la labor pendiente por cumplir: en ambos se notaba, ya, un deseo de asociarse con esta causa, de asimilarse a la entrega que, según ellos debiera asumir cada individuo de nuestra patria. Era evidente que todo tenía origen en los contratos de clase, en las intervenciones del poder para saquear el país, en las preparaciones para las futuras elecciones no muy lejanas. Venían tiempos de revuelta... (Sandoval, 2018: 151).

Pero entre todo, lo más llamativo de la novela es su nombre: la amplitud que le da a la palabra “esperanza”. Como nombre femenino es la activista que inspiró al protagonista y a un país. Pero

La novela de Esperanza, de Rubén Sandoval. Verónica Jazmín Hernández Álvarez

también está presente como estado de ánimo: el deseo de mejorar el mundo, los indígenas y mujeres que aspiran a la igualdad o las ganas de Sebastián de escribir. Hasta llega a ser una alegoría. ¿Cómo distinguir un escritor de un investigador si tienen el mismo objetivo? ¿Cómo distinguir un nombre de un sentimiento si tienen el mismo sentido? Para Sebastián, cuya búsqueda de historias es en sí una historia, eso es lo importante, las varias caras del dado (por no limitarnos a la moneda):

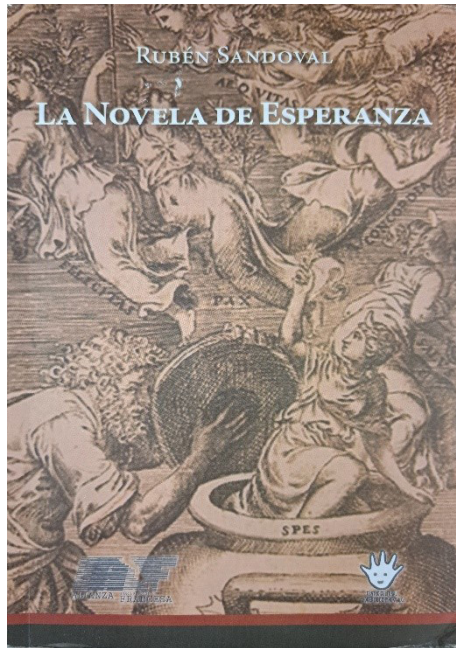
Le atraía mucho el hecho de que el personaje central de su novela pudiera ser un individuo con tantas posibles variables: La historia, la literatura, el cine -probablemente- y el mito que en torno a esta figura femenina se había gestado (Sandoval, 2018: 93).

Esta podría ser la historia de una activista llamada Esperanza, o bien la de una sociedad que espera mejorar, que aquí vienen a representar lo misma, dado que ambas se necesitan. Retomemos el tópico inicial: el escritor y la realidad. Rubén Sandoval ha unificado la teoría y la praxis, a diferencia de escritores de siglos pasados (como la Generación del 98, si podemos comparar) cuyos personajes quedaban atrapados en la reflexión teórica. Sebastián reflexiona, decide actuar, participa en el levantamiento que hará el grupo de Esperanza el día del informe de gobierno, el grupo es reprimido y no sabemos qué más, porque la novela termina abruptamente. Si este hecho alude al movimiento del 68, no sería mera casualidad. Así que Rubén aborda el panorama completo: la visión positiva que tiene el protagonista al trabajar por el cambio social contrasta con las páginas finales que sugieren la imposibilidad de cambiar al país.

La novela, como cualquiera, tiene aspectos que podrían disgustar a algunos lectores, como su lenguaje discursivo a pesar de abordar la cotidianidad, o su estructura de dos capítulos, donde el primero parece independiente y a penas el segundo introduce a Esperanza. Sin embargo, goza de varias cualidades: su lectura ligera y disfrutable, imágenes memorables, un tema por explorar, personajes impactantes, un clímax sin final que inquieta permanentemente y su retrato del artista en la sociedad contemporánea. En México, la lectura no es un tema de primera plana, pero vale la pena empezar a



motivarnos en obras tan cercanas a nosotros, como ésta. Así descubrimos lo maravilloso y lo decadente de nuestro país, lo conocido y desconocido, aun si múltiples activistas siguen viviendo y muriendo sin lograr el verdadero cambio social. *La novela de Esperanza* es más que una *novela social* o de costumbres, y más de lo que he dicho en este texto. Este libro invita al lector a ser parte del cambio nacional.



Referencias bibliográficas

- Sandoval, R. (2018). *La novela de Esperanza*. Alianza por la Lengua Francesa / Centro Cultural "Roger de Conynok" A. C., México.
- Osorio Tejeda, N. (2000). *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*. Universidad de Alicante, España.

Verónica Jazmín Hernández Álvarez

veronica.halvarez@alumnos.udg.mx

Mexicana. Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro Universitario del Sur (CUSur) de la Universidad de Guadalajara. Creadora y reseñista independiente.